

CRISTINA GARCÍA TRUFERO
EL ÚLTIMO DE LOS
THAÛRIM



Literup

LITERUP EDICIONES

© *El último de los thaûrim*, Cristina García Trufero, 2019.

© de la portada, Libertad Delgado, 2019.

© de la maquetación, Jose Molina & Meritxell Terrón, 2019.

Lectores beta: Cristina Alfaraz, María Gómez, Gustavo Macher, Alicia Martín, Ángeles Martín, Natalia Pérez y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: julio de 2019

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal: V-2098-2019

ISBN: 978-84-121870-5-2

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Alucinaciones; crueldad animal; enfermedad neurodegenerativa; esclavitud; guerra; muerte o asesinato; pérdida de un ser querido; problemas de ira; racismo; sangre, gore o lesiones; violencia o tortura.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita <https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

A mi abuela Marta,
que luchó contra el Alzheimer hasta el final.
Esta historia es por y para ti.

A Meri y a Jose,
porque la chiquilla de trece años que se refugiaba en la
escritura ha cumplido su sueño gracias a vosotros.

«Porque hay olvidos que queman
y hay memorias que engrandecen»,
Alfredo Zitarrosa

PRÓLOGO

Nunca me había sentido especialmente atraída por las historias, pues siempre acababan distorsionadas, ya fuera por malentendidos o para mantener la atención de una audiencia cada vez más exigente. Incluso a día de hoy, la mía contiene más mentiras que verdades, pero jamás me ha importado lo suficiente como para contradecir lo que se decía. Cada embuste vertido engrandecía mi figura y eso era bueno para el negocio.

Jamás escuchaba a los bardos, por muy cercano que fuera el cuento que recitaban; pero, como me dijo un buen amigo, no se puede correr eternamente. Así que, cuando un maldito juglar entró en la posada en la que me hallaba y empezó a hablar sobre el último de los thaûrim, la historia que intentaba esquivar me alcanzó sin previo aviso. Los recuerdos que había enterrado en lo más profundo de mi ser salieron a la luz. Sabía que, tras lo ocurrido, se contaron cientos de relatos sobre Vaalir Winterlock, apodado el Matabrujos, pero siempre me escabullía antes de que los bardos empezaran sus fábulas. Nunca pensé que me atraparía en aquella maldita taberna

con olor a rancio que se hallaba perdida en algún punto del reino de los humanos. Nada parecía haber escapado a la imaginación del narrador, que sonreía mientras describía las desventuras del Matabrujos.

Hacía más de un siglo de aquello y parecía que la Magog de entonces nada tenía que ver con la de ese momento. Y, en cierto modo, así era. Vaalir me enseñó la bondad de las personas y guio parte de mi camino cuando nadie había apostado por mí, pero fue su muerte lo que me transformó. Podría explicar todo lo que me pasó antes de convertirme en lo que soy ahora, y quizá un día lo haga, pero no abrí la boca por mí, sino por Vaalir.

—Te equivocas en casi todo, juglar —interrumpí.

El hombre, que debía de tener cerca de cuarenta años, alzó sus pobladas cejas y se estiró la camisa gris que llevaba. Retiré las botas de encima de la mesa y me enderecé para enfrentarme a mi interlocutor. Sentí el peso de las armas que llevaba colgadas al cinto. El bardo frunció el entrecejo y chasqueó la lengua, como si buscara una respuesta ingeniosa.

—¿Acaso sois mejor cronista o sois una simple borracha que disfruta molestando a los demás? —Se colocó un mechón de pelo negro y brillante detrás de la oreja y se cruzó de brazos.

—Ni una cosa ni otra, mi joven amigo. —Sentí cómo sus ojos dorados me atravesaban, pero no me amedrenté.

—En tal caso, solicito una explicación por vuestro comentario. ¿Quién sois?

Durante los últimos años había permanecido oculta, como si fuera una viajera del montón, pero en ese momento en el que había escuchado lo que decían de Vaalir no podía permitir que se propagaran tantas mentiras sobre el thaûrim.

Desenganché la espada que portaba y la coloqué encima de la mesa. La filigrana dorada de la empuñadura llamó la atención de mi interlocutor. El bufido que soltó tras echarle una ojeada me indicó que había reconocido el arma.

—Mi nombre es Magog Redhunter. —Me retiré la capucha con la mano izquierda para dejar a la vista el color de mi pelo y mis puntiagudas orejas de elfa—. Por lo que, si vas a narrar lo que le sucedió a Winterlock, asegúrate de empezar por el principio y no inventar nada.

—Así que eres la recadera de Baruj.

Su desprecio me confirmó que todavía se hablaba sobre mí. Sonreí con suficiencia mientras desfundaba una daga y jugaba con ella. Era cierto que había hecho un pacto, tiempo atrás, con el mensajero de los dioses para rescatar del olvido aquellos pedazos de historia que no me pertenecían y que desconocía en aquel momento, y así entender lo ocurrido. A cambio de ese favor, me convertí en su aprendiz. Y no me arrepentía de ello.

—Llevo mucho tiempo callada, pero ya es hora de desenterrar todas las partes del relato y explicar lo que realmente ocurrió hace un siglo y medio, en el año cuatro mil seiscientos tres.

CAPÍTULO I: LA CIUDAD SANGRIENTA

«Y los dioses crearon cuatro razas para Ethirim, que repartieron en cuatro reinos. Los elfos se quedaron con Thaldol por su frondosa y amplia foresta. A los humanos les tocó Loknuria, con grandes bosques y largos ríos. Los thaûrim, similares a los humanos en aspecto, pero casi tan longevos como los elfos, se instalaron en Cytiar. Los sauriles, en cambio, obtuvieron Hofmek, donde el calor golpeaba con más fuerza».

*Compendio de historia sobre Ethirim,
Bahadir Ra-dag y Midas Lessax*

Vaalir Winterlock había regresado de entre los muertos, pero no lo había hecho solo. Se había traído consigo el *humo*. Quizás hubiera sido un coste por sobrevivir cuando ni él mismo creía que saldría de esa o era un intento desesperado del brujo para matarlo. Fuera como fuese, había retornado con el *humo* como compañía. Lo notaba en algún lugar de la cabeza, agazapado entre su melena castaña. Buscaba el mejor momento para salir, pero mi señor no pensaba permitirselo. No había ido a la guerra con tan solo veinticinco años y se había alzado de nuevo

de entre los pútridos cadáveres de sus compañeros y sus adversarios para sucumbir en ese momento. No permitiría que acabara con él cuando todavía le quedaba mucho por vivir. Lucharía contra él como peleó contra el brujo.

Baruj me contó que cuando Vaalir se despertó el zumbido de las moscas a su alrededor era casi tan insoportable como el hedor a muerte. Contuvo una arcada y frunció los labios al ver que se encontraba todavía en los campos de Tinberell. La piel alrededor de la cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda se tensó. Recordaba su tacto y su forma, pero era incapaz de averiguar qué se la había causado. Se tapó la nariz y la boca con la mano, manchada de sangre y barro. Sintió la suciedad adherida a la tez tersa de su rostro y se sorprendió ante el áspero tacto de una barba incipiente.

Posó la mirada en los cuerpos que había a su alrededor. Le extrañó el grado de descomposición que presentaban todos. Vio un cadáver con una túnica azul descolorida y llena de manchas secas. Se trataba de los restos de un alto lord que acudió a la llamada de socorro. Al lado descansaba otro cuerpo irreconocible con una cota de malla destrozada. Ni siquiera sabía si se trataba de un humano o un thaûrim. Apretó los dientes para contener la rabia y el dolor, que pugnaban por salir. Él fue quien envió, durante el asedio a Iampoz, las señales de auxilio a

los demás lores de Cytiar y a los habitantes de Loknuria. Él era el causante de todas esas muertes. Si hubiera prestado atención a los rumores que hablaban sobre la locura de Daja Dek Bagon, nada de eso habría pasado. Pero hizo oídos sordos.

Paseó la mirada por Tinberell con gesto de culpabilidad. Sus ojos se posaron en una espada con un intrincado de filigranas doradas en la empuñadura. Comprobó que llevaba todos sus cuchillos y se agachó para recogerla, pero antes de asir el acero un destello violáceo llamó su atención. Apartó, con cuidado, la pierna de un cadáver y descubrió que el resplandor procedía de una rodela abollada en cuyo centro había una gema morada. El escudo pertenecía a su amigo Basgoz.

Vaalir estiró el brazo para examinarlo. En cuanto la punta de sus dedos rozó la superficie del cristal, un trozo se desprendió y se perdió entre los cuerpos. El guerrero soltó un suspiro de resignación, recogió su espada y la devolvió a su funda. Se incorporó con dificultad y se giró para observar la magnitud de la muralla de Iampoz, herida durante el asedio.

Echó a andar hacia la ciudad, aunque se detuvo en seco al percibir un movimiento a su derecha. Se llevó la mano a la empuñadura de su acero, pero se relajó al percatarse de que se trataba de un caballo marrón con manchas de sangre seca en la montura. El animal parecía estar desorientado. Se acercó a él

con cuidado para no asustarlo y le acarició el cuello. Después, colocó el pie en el estribo, se aupó sobre la grupa y salió al galope.



Agarró las riendas con fuerza y tiró de ellas para detener al animal a las puertas de la muralla. Iampoz siempre fue una ciudad de níveas construcciones, que se alzaban majestuosas y creaban un intrincado entramado de calles. Vaalir sabía muy bien que solo los que vivían entre sus muros conocían las mejores vías para avanzar por ella. Incluso el distrito comercial era más organizado de lo que podría parecer en un día de mercado. Había sido un lugar lleno de vida y luz, pero lo que veía ante él ni siquiera guardaba parecido con la brillante urbe. La piedra blanca de las edificaciones más grandes estaba deslucida, mientras que las fachadas de las viviendas que todavía se mantenían en pie estaban manchadas de sangre de los que vivieron, amaron y soñaron en Iampoz.

A los destrozos producidos durante el largo y agónico asedio que sufrió la urbe, se habían añadido otros nuevos. La mayoría de los edificios no eran más que escombros. La decadencia y el abandono invadían aquella ciudad sangrienta. Un aleteo in-

terrumpió el hilo de sus pensamientos. Un enorme pájaro negro se posó en un tejado medio derruido. El cuervo ladeó la cabeza para observar al extraño visitante lleno de mugre que miraba a su alrededor con una mezcla de incredulidad y dolor. El ave soltó un graznido antes de emprender el vuelo y dejar atrás una población que, a pesar de oler a muerte, no tenía nada para él. Vaalir espoleó a su montura y se internó en el cadáver de su querida ciudad.

El guerrero se paró a observar el templo de la calle mayor. Sus paredes estaban ennegrecidas, como si el fuego se hubiera apoderado de aquel lugar de culto. Casi podía oír los gritos de los sacerdotes que cuidaban el santuario, como si estuviera presenciando su caída. Un perro viejo salió del interior de la casa de las deidades. La fina piel que cubría su cuerpo y su escaso pelaje evidenciaban su delgadez. El animal miró a Winterlock con los ojos de quien ha vivido demasiadas penurias para contarlas y continuó su camino. El viento no tardó en eliminar cualquier prueba del paso de aquel triste y decrepito chuchó.

Vaalir recorrió la vía principal y se detuvo frente a un palacio señorial. Se bajó del caballo de un salto y se aseguró de que llevaba la espada y las dagas bien sujetas. Se acercó a la puerta, que aún se mantenía en sus goznes. La parte en la que debía estar el pomo había desaparecido. Empujó con la punta de

los dedos la madera y, cuando se abrió, esta produjo un desagradable chirrido, que flotó en el interior de la casa durante unos instantes. Un par de cucarachas echaron a correr, asustadas por el intruso que se había atrevido a enturbiar su paz. El guerrero avanzó por la vivienda. Posó los ojos en los muebles y las paredes de su hogar. La tierra invadía el salón. Sobre la mesa descansaban algunas plumas oscuras cerca de una gran mancha rojiza. La madera había absorbido la sangre, pero no había borrado su rastro. La estancia olía a humedad. Avanzó por las distintas habitaciones.

Un ruido procedente de la entrada lo alertó cuando estaba en su alcoba. El hombre sacó uno de los cuchillos que guardaba en el cinto y se dio la vuelta. No avanzó hacia el foco del sonido, sino que se puso a cubierto a un lado de la puerta y esperó a que el desconocido se acercara. El guerrero contuvo el aliento cuando sintió que se aproximaba a su posición. En el momento en que crucé el umbral de la puerta de su dormitorio, se lanzó contra mí. Ambos caímos con un golpe seco, pero él estaba preparado para ello y en cuanto mi espalda tocó el suelo me colocó el filo del cuchillo en la garganta. El acero lamió mi piel y noté cómo una gota de sangre se deslizaba por mi cuello. Sus ojos marrones se fijaron entonces en mí y descubrió que el intruso no era tal. Sus pupilas recorrieron mi piel pálida y mis orejas

puntiagudas, pasaron a la larga cabellera de un rojo apagado a causa de la suciedad y se detuvieron en mis iris verdes. Lo miré sin poder articular palabra. Me estudió como si me viera por primera vez. Llevaba ropa holgada y sucia. El cinto que se ajustaba a mi cuerpo, y del que colgaban un total de seis dagas, acentuaba mi delgadez. Allí donde debía estar mi brazo derecho, tenía un muñón. Aunque había sanado bien, las cicatrices que presentaba eran grandes e irregulares. Me avergoncé del aspecto que tenía al ver la mirada horrorizada de mi señor. Intenté taparlo tirando de la camisa. La prenda se deslizó por mi hombro y dejó al descubierto una de mis clavículas.

—Magog —musitó con voz rota y retiró el arma de mi cuello.

Le temblaron los brazos y, durante un instante, pensé que se iba a derrumbar sobre mí. Me incorporé y vi alivio en su mirada, pero también arrepentimiento y dolor. No sabía cuánto, de toda la suciedad que presentaba, era sangre y cuánto era fango. Estaba más delgado y parecía haber envejecido unos años.

Se inclinó sobre mí y me abrazó. Me cogió tan desprevenida que tardé en pasar el brazo por su espalda para devolverle el gesto. El alto lord ahogó un sollozo. Después se apartó despacio y me miró para asegurarse de que yo era real.

—¿Cuándo cayó Iampoz?

—Tras la batalla. Los sauriles que sobrevivieron regresaron para terminar lo que empezaron. Apenas quedaban guerreros para luchar. Fue una masacre.

—¿Están todos...?

—Sí. No queda nadie.

—¿Cómo lograste sobrevivir?

—Escapé. Corrí sin mirar atrás, mi señor. Aunque fueron a por mí, no lograron cazarme. —Me estremecí al recordarlo—. Dejé Iampoz. No quería volver y encontrarme aquel horror. No quería que los cuerpos destrozados me restregaran que era una cobarde. —Jugué con un hilo de mi camisa para intentar alejar los malos recuerdos—. Así que caminé hasta Ragar. Pero también había caído. Allí tuve la mala fortuna de toparme con los carroñeros.

—¿Fueron ellos? —La mirada del thaûrim se desvió al muñón de mi brazo derecho. Asentí despacio.

Hacía dos semanas que había dejado de sentir el miembro que había perdido. Tuve que hacerlo a marchas forzadas, pues su presencia fantasmal solo me ponía en peligro. Por suerte, se había convertido en un vacío que podía soportar. Un vacío libre de dolores y de intentos de utilizar una extremidad que ya no tenía.

—¿Te torturaron?

—No. Lo hicieron por diversión.

Me mordí el labio inferior y agaché la cabeza, pero Winterlock posó los dedos sobre mi barbilla y me obligó a alzar la vista.

—No eres una cobarde. Eres una superviviente. Recuérdalo, Magog.

—Sí, mi señor...

—¿Por qué volviste aquí?

—No lo sé. Supongo que era incapaz de dejar atrás el único sitio al que he llamado hogar.

Unas lágrimas afloraron, pero me las sequé rápidamente con la única mano que me quedaba antes de que resbalaran por mis mejillas. Los ojos del alto lord se fijaron en mi palma y estiró los brazos para examinarla. Pasó los dedos por las cicatrices que tenía.

—Cristales rotos —expliqué—. No tenía armas a mano cuando los carroñeros me atacaron, por lo que utilicé lo primero que encontré en aquel momento.

El silencio se instaló entre nosotros. El thaûrim me estudió con interés. Tenía miedo de que pudiera ver, debajo de toda la mugre, el sufrimiento por el que había pasado.

—Cuando os vi entrar en la Ciudad Sangrienta después de tanto tiempo, os seguí —dije para desviar la atención—. Creí que erais un fantasma...

—¿Ciudad Sangrienta? —El guerrero interrumpió el relato.

—¡Jampos, mi señor. Ya no es la misma y las pocas almas que todavía merodean por Cytiar la llaman así.

—¿Y por qué pensaste que era un espectro?

—Hace un mes os fuisteis y no regresasteis. Ninguno de los soldados que partieron con vos lo hizo.

—¿Un mes? ¿Ha pasado un mes?

Asentí sin saber qué añadir. Su estupor me golpeó en la cara con fuerza.

—Quise acercarme al campo de batalla, pero no tuve el valor suficiente para hacerlo. —Hundí los hombros y solté un suspiro—. Pasó tanto tiempo que creí que os hallabais en el hogar de la reina de los muertos. Así que necesitaba averiguar si realmente erais vos o era otra alucinación.

Posé los ojos en la estancia antes de volver a centrar la atención en mi señor. El cansancio se reflejaba en la cara del alto lord.

—¿Volveréis a ir a por el brujo? —me atreví a preguntar.

—¿El brujo?

—Sí, mi señor. Daja Dek Bagon.

Su rostro se ensombreció ante la mención de aquel nombre.

—Está muerto.

—Salió vivo. Es cierto que ahora solo cuenta con los restos del ejército que quedó tras la batalla, pero no necesita más.

Entramos en el salón y me detuve frente al mapa de Ethirim que mi señor había colgado en la pared años atrás.

—Me he estado moviendo por esta zona de aquí —señalé.

Winterlock se acercó al pergamino, lo arrancó de la pared de forma ruda y lo colocó sobre la mesa.

—El rastro de las bestias se extiende por todo Cytiar y estoy segura de que llega hasta Loknuria.

Vaalir cerró los ojos. El mensajero de los dioses me explicó, tiempo después, que a la mente de mi señor acudieron los recuerdos de la batalla que lo llevó hasta los brazos de Endheled para luego devolverlo al mundo de los vivos sin piedad.

Había sangre. Mucha sangre. Sangre en la tierra. En las espadas. Sangre, incluso, en su rostro. Los cadáveres se amontonaban en el suelo y hacían tropezar a los que quedaban en pie. Notaba cómo la mejilla izquierda le ardía, pero su atención estaba en otro lugar. Tenía los ojos clavados en Dek Bagon. El brujo lucía una armadura negra, que lanzaba destellos plateados cuando los rayos del sol incidían en su lisa superficie. Sonreía con suficiencia mientras su ejército de sauriles, enormes bestias bípedas con piel de serpiente y dientes afilados, descuartizaban a sus contendientes. Destrozaban, con sus hachas y espadas, las corazas de los humanos y thaûrim que les hacían frente.

—¡Cubridme! ¡Necesito llegar hasta él! —gritó Vaalir para hacerse oír por encima de aquel ensordecedor ruido de dolor y muerte.

Con el apoyo de sus compañeros, avanzó entre la multitud. Un caballo desbocado se cruzó delante de él. Sorteó cadáveres y adversarios, pero el brujo parecía alejarse cada vez más de él. Un sauril le cortó el paso. Daja le dedicó una sonrisa socarrona y abrió la boca para decir algo, pero Winterlock no llegó a escuchar nada porque un denso humo cubrió la escena y ocultó todo lo que estaba ocurriendo.

El guerrero parpadeó varias veces. Tenía la mirada fija en mí, pero no parecía verme. No se hallaba en su hogar, pero tampoco estaba entre sus recuerdos. Era como si se encontrara en un lugar intermedio que solo él podía alcanzar. Un lugar lleno de humo en el que nada parecía tener sentido para él.